



CARI / CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Comentarios Estratégicos

Decapitar sin ocupar:
los desafíos que enfrenta la doctrina Trump
del uso del poder aéreo en Irán

Juan Battaleme

**Decapitar sin ocupar:
los desafíos que enfrenta la doctrina Trump
del uso del poder aéreo en Irán**

Juan Battaleme

Comentarios Estratégicos

N.º 50

MARZO 2026

ISSN 3008-9956

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva responsabilidad del autor y no reflejan necesariamente la visión de las instituciones a las que pertenece, así como tampoco las del CARI.

Corrección: María Fernanda Rey

Diseño: Trenders

Maquetación: Mario Modugno

Imagen de tapa: iStock.com/guwendemir

CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales
Uruguay 1037, piso 1.º, C1016ACA Buenos Aires, República Argentina
Teléfono: (+5411) 4811-0071 al 74 / Fax: (+5411) 4815-4742
Correo electrónico: direccioneditorial@cari.org.ar / Sitio web: www.cari.org.ar

Decapitar sin ocupar: los desafíos que enfrenta la doctrina Trump del uso del poder aéreo en Irán

Juan Battaleme*

Vivimos en un mundo donde, en la racionalidad de los grandes poderes, el ataque tiene mayor peso que la defensa. Steven Van Evera, en su libro *Causes of War* (Las causas de la guerra), señala que los conflictos emergen cuando el objetivo militar es o se cree fácil de lograr, o la agresión conlleva una ganancia política real. Una combinación de capacidades materiales netas y proyección de poder, como son los misiles balísticos, vehículos aéreos no tripulados armados, bombarderos, portaviones o buques de asalto con su respectivo componente de protección, sumada a la voluntad de usar la fuerza militar para lograr objetivos políticos habilitan mayores grados de coerción sobre diversos rivales.

Esos postulados explican las guerras de Chechenia, Afganistán, Irak, Georgia, Ucrania y, en estos días, Irán. El diferencial de poder preexistente es lo que habilita a que los grandes poderes actúen de manera más activa en el plano militar lanzando guerras preventivas, conquistando territorio o intentando producir un cambio de régimen, ya sea por sustitución o colapso. La voluntad ofensiva prima

* Profesor de Relaciones Internacionales en la UCEMA. Correo de contacto: battaleme@yahoo.com.ar

N. del E.: Una versión resumida de este texto apareció en el diario *Clarín* el 5 de marzo de 2026, bajo el título “La apuesta de Trump sobre Irán: decapitación sin ocupación”, y disponible en el siguiente enlace: https://www.clarin.com/opinion/apuesta-trump-iran-decapitacion-ocupacion_0_BNBnnpBxBc.html

El Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de La Plata lo replicó en el siguiente enlace: <https://www.iri.edu.ar/index.php/2026/03/13/decapitacion-sin-ocupacion-la-apuesta-de-trump-sobre-iran/>

sobre la defensiva, situación similar a la que sucedió tanto en la Primera Guerra Mundial como en la Segunda.

Sin embargo, existe una diferencia central: los grandes poderes no están utilizando sus capacidades militares directamente entre ellos, operando con esquemas de disuasión que tienen como columna vertebral la amenaza nuclear y el daño que se pueden propinar. Por el contrario, las acciones militares se emprenden contra poderes regionales o actores menores del sistema internacional que, en el mejor de los casos, tienen la capacidad de resistir, ya sea solos o con ayuda directa o indirecta de aquellos grandes poderes que son adversarios al que inicia la acción. No obstante, siempre existe el riesgo de que el conflicto los arrastre directamente, por lo tanto, el involucramiento es parte de un movimiento que debe ser calculado.

Nada está exento de riesgos. EE. UU. encontró límites en sus campañas de liberación/ocupación terrestres. El ejemplo más notable es Afganistán: lo que comenzó como una campaña para remover al régimen talibán y dar caza a Osama Bin Laden terminó con la reinstalación de dicho régimen en 2021, después de un largo conflicto extendido. Irak, pensada como una guerra rápida, terminó por ser una guerra de costos crecientes con consecuencias políticas y militares que aún hoy se sienten en la región, como el surgimiento del ISIS o la existencia de milicias iraquíes pro-Irán, que lanzan ataques esporádicos sobre infraestructura norteamericana. Rusia enfrentó la misma realidad en Ucrania, y aquello que iba a ser una “operación militar especial de unos pocos días” se transformó en una larga guerra de desgaste que sumó nuevos países a la OTAN y el inicio de un demorado rearme europeo.

Estos ejemplos nos muestran que un mundo donde la ofensiva tiene preponderancia no garantiza el éxito político o militar, pero sí confirma que el instrumento militar será usado con mayor frecuencia, ya que es parte activa del cálculo estratégico de los grandes poderes. La cuestión no es si el poder militar se usará o no, sino cuándo.

Van Evera identifica varias razones por las cuales esto sucede. Primero, el liderazgo político presenta mayor osadía producto de un optimismo desmesurado sobre

el resultado y la velocidad final del conflicto. Segundo, sucede el efecto de recurrir al empleo del poder militar de forma preventiva frente a la perspectiva de ser atacado en un tiempo cercano pero no determinado. En este sentido, se refuerza la idea de que existe una ventaja en atacar primero, resolviendo la inestabilidad que una crisis genera. Finalmente,¹ la apertura de ventanas de oportunidad y vulnerabilidad acompañan este razonamiento donde la voluntad ofensiva domina. La idea de que este es el momento adecuado para hacerlo ha sido repetida de manera constante por quienes se encuentran en la ejecución política de la guerra.

Existe un conector entre la primera guerra del Golfo y la actual, que ronda en torno a los cambios tecnológicos como posibilitadores de acciones que afecten el resultado tanto en el campo de batalla como en la arena política. Los avances en las armas de precisión, la inteligencia en tiempo real y los sistemas de armas autónomos permiten poner a prueba nuevamente la premisa por la cual el poder aéreo y naval puede ser agente de cambio político, como se pensó tanto en la expulsión de las fuerzas militares iraquíes de Kuwait en 1991 como en la campaña aérea de Kosovo en 1999. En ambos existían objetivos militares claros y límites al uso del poder militar: hacer uso de la coerción desde el aire, limitando las bajas terrestres y, eventualmente, provocar un cambio político como resultado indirecto de la acción militar. Si bien el resultado fue mixto, la idea del poder aéreo como agente de cambio quedó flotando en la discusión estratégica.

Esta es la doctrina que retoma la administración Trump: la coerción desde el aire para lograr un efecto político específico, tal como lo muestra el volumen de la campaña aérea contra el régimen iraní, con casi mil salidas de combate por día desde que comenzó el conflicto y una campaña sostenida de bombarderos que

1 Van Evera identifica algunos factores más en la dinámica sobre la preponderancia de la ofensiva: la acumulación de recursos, el balance estratégico ofensivo y defensivo y la configuración del dilema de seguridad, al cual le asigna especial preponderancia, aunque en la práctica termina actuando como una suerte de conector con las razones enumeradas en el párrafo principal.

utilizan todo el arsenal existente, expanden los objetivos militares y atacan cada vez más con mayor profundidad.²

Al inicio de esta nueva acción militar, que ya puede ser considerada como la tercera guerra del Golfo, Trump y su secretario de Guerra, Pete Hegseth, prometieron una acción militar de no más de cuatro semanas con tres objetivos. Los dos primeros eran destruir el complejo industrial militar iraní y destruir los arsenales balísticos y de drones existentes, junto con su capacidad de producción; ambos objetivos militares claros, medibles y que hasta podrían ser considerados como una extensión de la operación Martillo de Medianoche de junio del 2025. Sin embargo, el problema aparece con el tercer objetivo de la actual operación: el cambio de régimen y la rendición incondicional, ya que la métrica para poder declarar la victoria supone que el viejo régimen no pueda continuar de ninguna forma.

Robert Pape, en su libro *Bombing to Win* (Bombardear para ganar), señala que el poder aéreo por sí solo no logra un efecto estratégico, salvo que exista la amenaza de una invasión terrestre. La campaña conjunta EE. UU.-Israel desafía esa premisa, apostando a que la degradación militar iraní, junto con las condiciones políticas adecuadas, producirá cambios sostenibles sin comprometer tropas en una invasión terrestre. Sin embargo, en sus trabajos más recientes, Pape agrega una dimensión que complejiza aún más el escenario: lo que denomina la trampa del escalamiento. Su argumento es que los éxitos tácticos tempranos de la precisión aérea no resuelven las fuerzas políticas que impulsan la guerra y, cuando esas fuerzas permanecen intactas, la escalada se vuelve la respuesta natural del más débil, que amplía el conflicto hacia el comercio marítimo, los mercados energéticos y los actores regionales, y desplaza así la presión sobre el atacante. Esa dinámica ya es visible en la guerra actual, y genera condiciones que hacen la guerra más difícil de concluir que de comenzar.

2 Antes de la campaña militar actual, la administración Trump condujo una serie de operaciones militares desde el aire o en combinación con fuerzas especiales a los efectos de lograr un efecto político determinado: atacó a los hutíes en Yemen, a grupos proiraníes o yihadistas en Irak y Siria, al Isis en Somalia, al Boko Haram en Nigeria y removió a Maduro en Venezuela mediante un asalto aéreo con las fuerzas especiales.

Trump fue explícito: al pueblo iraní le pidió que se levante contra el régimen; a sus militares, que no se resistan a cambio de inmunidad completa, o enfrenten una muerte certera. La muerte de Khamenei y gran parte del liderazgo político y militar, junto con el deterioro rápido y progresivo de sus FF. AA., incluyendo su complejo industrial nuclear y el militar, muestra la voluntad de actuar de forma sostenida por parte de la coalición. No obstante ello, desde el inicio de la guerra no se ha verificado ninguno de los prerrequisitos para lograr que el régimen esté obligado a aceptar una rendición incondicional: no hay levantamientos de ningún tipo y tampoco se han dividido sus fuerzas armadas, las cuales permanecen operacionales a pesar del daño infligido.³

Por su parte, la respuesta iraní, que atacó a los países del Golfo de forma persistente, es una clara señal de la capacidad del régimen de resistir, y su estrategia descentralizada de defensa ha rendido frutos. Esta se combina con una estrategia de antiacceso y negación de área, lo cual actúa aumentando el riesgo operacional ofensivo.

Luego de la experiencia aprendida en la llamada Guerra de los 12 días, de junio de 2025, tuvieron que tomar una de las decisiones más difíciles para un régimen cuya supervivencia depende de la centralización del poder: descentralizar las decisiones militares y confiar en que los comandantes del teatro de la Guardia Revolucionaria Iraní, quienes detentan el control de las armas ofensivas (misiles y drones), cumplieran íntegramente su deber y llevaran a cabo acciones que transformaran esta guerra de una localizada en Irán a una regional. De esta forma y basados en el argumento de la existencia de infraestructura militar norteamericana en los países del Golfo, su respuesta fue atacar a todos los países del Golfo: Arabia Saudita, Azerbaiyán, Baréin, Emiratos Árabes Unidos, Irak, Kuwait, Omán y Catar. Acto seguido, comenzó un bloqueo selectivo del estrecho de Ormuz.

3 Con una estimación moderada en torno a los 800 mil hombres en armas, sirviendo en las Fuerzas militares y de seguridad iraníes, un tamaño que es 3,7 veces más grande que Irak y 2,5 veces más poblado, las complejidades de una operación en tierra quedan expuestas así como las limitaciones para alcanzar una rendición incondicional.

Sam Tangredi presenta en su libro *Anti-Access Warfare* (La guerra antiacceso) la lógica en la cual esta acción militar se sustenta: la percepción de una superioridad estratégica de la fuerza atacante; la primacía de la geografía como el elemento que más influye en el tiempo, facilitando una guerra de desgaste frente al enemigo; finalmente, el impacto que tienen eventos externos o consecuencias no deseadas de un conflicto.

La creación de caos y la expansión del conflicto hacia áreas relacionadas se vuelven centrales como acción defensiva frente a un oponente superior. Bajo esa dinámica es que se presentan tres asimetrías: la voluntad del régimen de sobrevivir al costo que sea, inclusive si eso conlleva dejar tras de sí tierra arrasada; la voluntad de Israel de terminar con el programa nuclear iraní, y la capacidad misilística —tanto la proyección de poder de misiles balísticos como de drones, al igual que su producción— como objeto central de destrucción, junto con la necesidad de terminar con el régimen de los ayatolás y el liderazgo actual de la Guardia Revolucionaria, ya que ellos amenazan la propia existencia del Estado de Israel.

EE. UU. encuentra en los dos primeros objetivos una clara comunión con Israel. Sin embargo, en el tercero la situación presenta la complejidad que otorga la dimensión interna de la política internacional y la divergencia más profunda de lo que las declaraciones públicas sugieren. Con una guerra impopular en el votante norteamericano, sin la debida aprobación del Congreso, que sí tuvieron la primera y la segunda guerra del Golfo, y un proceso electoral en ciernes, el margen de maniobra de Trump frente a sus propios aliados internos disminuye con el paso de los días.

En este sentido, la administración Trump, a pesar de la retórica del cambio de régimen, enfrenta un dilema operacional concreto: Mojtabá Khamenei ya fue electo nuevo líder supremo con pleno respaldo del IRGC, sobrevivió un ataque israelí, y el régimen se consolidó en torno a una conducción más dura y menos dispuesta a la negociación que su antecesor. Eliminar ese liderazgo no garantiza el colapso del sistema (la doctrina de mosaico iraní fue diseñada precisamente para sobrevivir a múltiples decapitaciones). En ese escenario, Washington podría eventualmente acomodarse a un interlocutor dentro del régimen que acepte condiciones en

materia nuclear y de proyección regional, tolerando una continuidad institucional que Tel Aviv difícilmente aceptaría. Esa brecha entre los tiempos, los objetivos y las condiciones de salida de cada uno de los socios es, quizás, la variable más subestimada de esta guerra, y que tiene un valor clave para la resistencia iraní.

No obstante el dilema estratégico presentado, queda claro que, desde que Trump comenzó su segundo mandato, además de haber desarrollado una administración con una menor aversión al riesgo, la coerción activa es una característica constante: le permite pasar a la ofensiva, influir directamente en aquello que le interesa y sustentar su liderazgo en capacidades materiales ya sean económicas (tarifas) o militares (la Armada y la Fuerza Aérea). Lo que está en juego en Irán no es el futuro del régimen, es la validez de la doctrina: que la precisión tecnológica puede reemplazar la ocupación y lograr un efecto político sostenible. Esa es la moneda que está girando en el aire en estos días.

